

Señora
ESPERANZA NAVARRO PANTAC
Comentarista

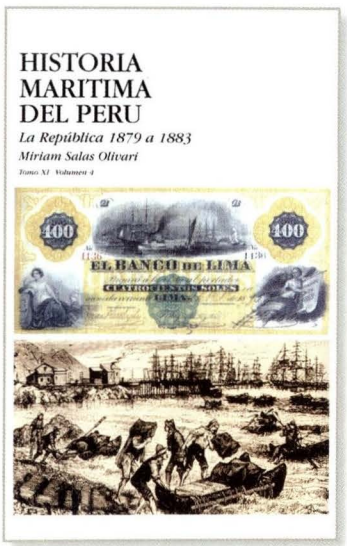
Salas Olivari, Miriam

Historia Marítima del Perú: La República 1879 a 1883.

Tomo XI, v. 4

Lima, Instituto de Estudios Histórico Marítimos del Perú, 2011.

1248 p. ilus., mapas, retratos, tablas



La Guerra con Chile tuvo un trasfondo netamente económico, qué duda cabe. Los intereses por el guano y el salitre provocaron el conflicto. La autora lo confirma al adentrarse en las entrañas de la historia económica de Chile, Perú y Bolivia en el tomo de la *Historia Marítima, La República 1879 a 1883*, que titula: *Historia económica de la guerra de Chile con el Perú y Bolivia. Recursos naturales y conflicto internacional: cuestión de pocos problema de muchos, 1810-1883.* Comprende casi la totalidad del siglo XIX, incluyendo la inesperada prosperidad del Perú por el guano y del salitre –prosperidad falaz, la llama Basadre– que parecía resolver los problemas financieros –como las deudas de las guerras de independencia–, con una opulencia digna de los herederos del virreinato español más rico. La obra está organizada en cuatro capítulos: 1. Las economías de Perú, Bolivia y Chile antes de la guerra; 2. El guano en el desarrollo de la economía nacional; 3. El salitre en la economía de la nación y en la vida de los puertos del sur del Perú, 1810-1879; 4. La guerra y sus necesidades de recursos económicos para afrontarla.

El gran escenario es la América que emerge del proceso de emancipación. Perú, Bolivia, Chile, y países vecinos, repúblicas sin experiencia política ni tradición administrativa, dan sus primeros pasos de la mano de sus mentores:

los Libertadores, San Martín y Bolívar. Arrancados de la misma fuente, surgen entre ellos inevitables recelos fraternos, los unos con el sentimiento de que son expoliados, y los otros, que merecían más de lo que recibieron. La autora sustenta que las semillas del conflicto de 1879 ya se incubaban desde estos primeros años. Aparentemente, cada uno desarrollaba una historia singular, pero para al ojo perspicaz de la historiadora no dejan de tener gran semejanza entre sí. Aunque la historiografía sostiene que la historia de Chile fue muy diferente, "exitosa" por su "uniformidad étnica", en realidad se desenvolvía en forma similar a Perú, Bolivia y los demás países de la región: con grupos de poder en pos de sus ambiciones, y un pueblo ignorado al servicio de sus intereses. Pero después de la guerra, el país del sur limpió su imagen creando la de un Chile armonioso frente a un Perú anárquico, mestizo e indígena.

Por otro lado, la doctora Salas hace hincapié en otro factor fundamental: los intereses británicos. A la Gran Bretaña, en plena expansión industrial y comercial, se le habían abierto los mercados y el acceso a materias primas sustanciales de la América antaño española; al mismo tiempo, engarzaba las economías de nuestras repúblicas como periféricas de la suya, sujetándolas al flujo de la oferta y la demanda de los productos ingleses, a expensas de la producción local. Las repúblicas emancipadas quedaron amarradas con préstamos que garantizaban sus propios recursos. Los vaivenes de la economía inglesa llevaron a que Perú, Chile y Bolivia, con el guano hipotecado por varios años, apostaran ahora por el salitre.

Chile, que se debatía en su propia crisis económica, se atrevió sin embargo a embarcarse en la guerra, indudablemente sustentado por sus aliados, los empresarios ingleses que querían echar mano al guano y al salitre de sus vecinos. Finalmente, después de la guerra, estos recursos fueron el rico botín de Chile vencedor, aunque solo para repetir la historia de Perú: una prosperidad falaz: los beneficios del salitre y el guano fueron para los empresarios británicos, no para el pueblo chileno. El usufructuario final fue la Gran Bretaña.

El capítulo tres tiene una especial relevancia con el protagonismo del salitre a partir de los años 60, cuando se convierte en el principal competidor del guano. Requerido para la industria de la pólvora, y para la agricultura, su explotación despierta una fiebre similar a la del oro en California. La narración de sus avatares nos traslada a un escenario bizarro en los desiertos de Atacama, donde atrevidos aventureros de toda laya retan al desierto más seco y hostil del planeta.

El caso de Iquique, ciudad-puerto, es sumamente interesante. Desde 1850 había vuelto a ser el primer gran puerto de la costa sur, principal punto de acopio y de exportación del salitre. La población crecía pese a que faltaba todo abastecimiento,

incluso el más importante: el agua. Frutas, hortalizas, forraje y el agua potable llegaban de Chile, Tacna, Arica, Arequipa, Pisco y Chincha. Las subsistencias para la vida diaria eran muy caras, pero la riqueza que se generaba permitía esos gastos y muchos otros. Más bien, la vida se refinaba, se iba elitizando, como dice la autora, a través de las mercaderías de lujo que se importaban de allende los mares. Cuando en 1868 se crea la provincia de Tarapacá, Iquique es designada su capital. La ciudad, dice, surgió como un verdadero milagro forjado por los duros y rompedores mineros de la plata, el oro y luego del salitre, que no se detuvieron ante ningún obstáculo para amasar fortunas.

"El Perú había exportado salitre en Tarapacá desde 1830. En Atacama se descubrió solo en 1866. En esas cuatro décadas el Perú ya había conquistado mercados en Estados Unidos y Europa".

El Perú había exportado salitre en Tarapacá desde 1830. En Atacama se descubrió solo en 1866. En esas cuatro décadas el Perú ya había conquistado mercados en Estados Unidos y Europa. La explotación, que había estado en manos de particulares, despierta entonces el interés de los gobiernos del Perú, Bolivia y Chile, que toman medidas a partir de 1860 para una mayor intervención del Estado, aunque recordemos que la riqueza salitrera yacía fundamentalmente en territorios peruano y boliviano.

En 1868 Bolivia comete un trágico error: su presidente, Mariano Melgarejo, le concede a la sociedad chilena de Francisco Puelma, Manuel Antonio de Lama y José Santos Ossa, la explotación exclusiva del salitre de Atacama por quince años. Más tarde se incorporará Agustín Edwards, con quien fundan la Melbourne Clark y Compañía. Gibbs, con socios ingleses: así tomaron ingerencia en Antofagasta los empresarios británicos. Luego, desde 1870, en que José Díaz Gana, chileno, descubriera las ricas minas de plata de Caracoles en Antofagasta, los chilenos, junto con algunos ingleses, habían acudido en masa para tomar posesión del rico territorio. Crearon el puerto de Antofagasta y arruinaron los puertos bolivianos de Cobija y Mejillones, impidiendo el desarrollo del ferrocarril de Loa. Se constituyeron varias compañías para explotar el nitrato de Tarapacá y Antofagasta, y para el Ferrocarril de Antofagasta. Los intereses de estos propietarios, trabajadores y comerciantes chilenos fueron los detonantes para que estallara la guerra.

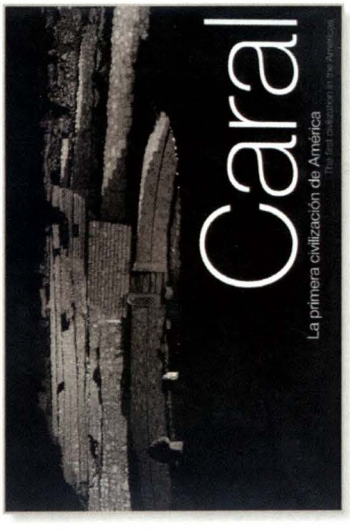
La rica información que le permite a la doctora Salas recrear la dinámica económica, social y política involucrada en la explotación del guano y el salitre, la conoció a través de los expedientes del Archivo General de la Nación, especialmente en la

Sección Hacienda, y otros repositorios nacionales, cuando el Instituto de Estudios Histórico Marítimos del Perú le encargó la investigación documental relativa a la Guerra del Pacífico, el periodo previo y posterior. El acceso a estas invaluables fuentes que revisó por más de diez años continuos, le ha permitido analizar el engranaje financiero que funcionó a través de sucesivos protagonistas y personajes secundarios. Le revelaron toda la gama de negociados por componendas políticas que apuntan con claridad meridiana la responsabilidad que le cupo a nuestra elite en la conducción del país hacia el precipicio político, financiero y social que desembocó en la situación bélica de 1879. La guerra –que el Perú no buscó y para la cual no estaba preparado– expuso la falencia económica en toda su magnitud. La Caja Fiscal tuvo que recurrir a donativos de la población –que no dudó en entregar bienes y sueldos–, a impuestos de emergencia, a las entradas del movimiento arancelario de las aduanas, préstamos, emisiones, acuñaciones monetarias, así como nuevas tarifas arancelarias al azúcar y el algodón. El dinero recaudado alcanzó apenas para la compra de pólvora y carbón, y alimento y vestido precarios e insuficientes para las tropas. De todo ello toma nota y examina la autora para entregarnos finalmente esta obra fascinante por la vislumbre de sus personajes, sus debilidades, incompetencias, alianzas y la persistencia de algunos en ramos clave de la administración: presidencia, ministerios, bancos, empresas, salitreras, sociedades, etc., siempre en pos de un beneficio personal, con total exclusión de las mayorías. No revelamos más para dejarle al lector el placer de seguir por sí mismo el hilo de la madeja.

Shady, Ruth

Kleihege, Christopher

Caral: la primera civilización de América. The first civilization in the Americas.



Lima, Logicorp S.A., Caral, Supe, Perú, Proyecto Especial Arqueológico Caral-Supe/INC, Universidad de San Martín de Porres.

167 p., fotos color 30 x 35 cm.

Edición bilingüe español-inglés

Libro de fotografías del estadounidense Christopher Kleihege, el gran tema: Caral. Las vistas fueron registradas durante los trabajos de excavación reali-

zados por el PEACS, Unidad Ejecutora 003 del Ministerio de Cultura, en 2006, bajo la dirección de la arqueóloga Ruth Shady Solís. Estas extraordinarias imágenes permiten apreciar el espacio construido de la ciudadela habitada por los diferentes estamentos de la sociedad de Caral, así como también el paisaje natural del territorio ocupado, los cerros de la cordillera de los Andes, la terraza aluvial del conjunto, las arenas del desierto que la cubre y su flora local, así como las tierras llanas del valle del río Supe con su vegetación.

Ruth Shady es la arqueóloga y antropóloga que inició la investigación sobre los restos de la civilización Caral, de ahí que se le considere la redescubridora de esta ciudad. En 1994, recorrió el valle de Supe e identificó 18 sitios con las mismas características arquitectónicas. Excavó en Caral, a partir de 1996 y presentó sus datos, en 1997, en el libro *La Ciudad Sagrada de Caral-Supe en los albores de la civilización en el Perú*, en el que sustentó la antigüedad precerámica de la ciudad. Desde el año 2003 es jefa del Proyecto Especial Arqueológico Caral-Supe/INC. En el año 2005 se expusieron los nuevos hallazgos realizados en Caral por el equipo dirigido por Shady.

El primero que había llamado la atención sobre Caral fue el estadounidense Paul Kosok, quien visitó el lugar en 1949 con el arqueólogo estadounidense Richard Schaedel. En su libro *Life, Land and Water in Ancient Peru*, 1965, menciona que Chupacigarro (como se le conocía a Caral) debía ser muy antiguo. En 1975, el arquitecto peruano Carlos Williams hizo un registro de la mayoría de los sitios arqueológicos en el valle de Supe, entre ellos Chupacigarro Grande. En 1979, el arqueólogo francés Frederick Engel visitó el lugar, excavó y levantó un plano. En su libro *De las Begonias al Maíz,* 1987, afirmó que Chupacigarro Grande pudo haber sido anterior a la aparición de la cerámica en los Andes (1800 a.C.)

El informe de la doctora Shady señala que Caral, llamada también "La Ciudad de las Pirámides", puede considerarse entre las primeras sociedades que alcanzaron un temprano y complejo desarrollo dentro del marco de los asentamientos urbanos. Su antigüedad pone al Perú como uno de los seis focos civilizadores de la humanidad, al lado de Egipto, Mesopotamia, China, India y Mesoamérica, y lo revela como el foco civilizador más antiguo del Nuevo Mundo, pues antecede en mil años a las sociedades de Mesoamérica.

Como ciudad, dice, muestra una eficiente organización social, a todas luces pacifista, regida por una élite político religiosa con ascendiente sobre los pueblos vecinos. Se encuentra sobre una terraza aluvial en las estribaciones costeñas de la cordillera de los Andes. En un medio desértico, con dunas que

contrastan con el colorido agrícola del valle, del cual se separa por una serie de terrazas aluviales formadas sucesivamente a través de tiempos geológicos, la ciudad quedó aislada, elevada sobre el valle y alejada de la vida de este, en una planicie entre el cielo y los cerros.

En un área aproximada de 50 hectáreas, se erigen 32 conjuntos arquitectónicos: siete grandes pirámides rodeadas de construcciones medianas y pequeñas, entre templos, sectores residenciales, plazas públicas, anfiteatro, almacenes, altares y calles. Organizada en dos sectores, en el sector alto se ubican seis pirámides principales rodeando un espacio vacío. En el bajo destaca la Pirámide del Anfiteatro y varios edificios menores. La zona residencial, agrupa un conjunto de casas formado por muchas habitaciones interconectadas, con angostos muros de cañas recubiertas con barro (quincha). En el centro de una de las plazas se yergue un gran bloque de piedra parada: "huanta" (para el calendario), de 2.15 m de alto por 80 cm de ancho, en armonioso diseño con los volúmenes piramidales.

En cuanto a su antigüedad, corresponde al período Arcaico Tardío (3000-1500 años a.C.), precerámico. La ocupación habría empezado hacia el tercer milenio antes de Cristo (hace cinco mil años) y continuó durante varios siglos. La población se distribuía en el litoral y en el valle bajo y medio, conformando comunidades sedentarias, autosuficientes y con cierta autonomía, aunque participando de una entidad mayor, cultural, política y religiosa, bajo el control ideológico de los conductores de los templos.

Se la conoce también como "Ciudad Sagrada". Y es que la religión tenía un rol predominante. En torno a los templos se desenvolvían las actividades cotidianas. Los gestores encargados de la medición del tiempo y de la elaboración del calendario agrícola, ordenaban, de acuerdo a observaciones astronómicas, su periódica remodelación. Las edificaciones muestran sucesivos enterramientos y remodelaciones rituales. Tapaban unos ambientes, en tanto usaban otros y remodelaban los antiguos. Luego de grandes incineraciones de alimentos, esparcían el carbón y la ceniza, y enterraban ofrendas junto a las paredes. En el centro de los recintos se han encontrado los fogones. En la fase tardía, estas ofrendas incluyeron canastas de fibra vegetal, *shicras*, llenas con piedras y alimentos quemados.

Su economía se basaba en la agricultura complementada con la pesca y recolección en el mar: anchovetas, choros, mesodesmas y algas, así como el aprovechamiento de los recursos del río y del abundante monte ribereño y de las lomas. Se cultivaba en las estrechas márgenes del río Supe, de tierras muy fértiles, irrigables con facilidad mediante cortos canales que tomaban agua del río o de los abundantes puquiales, por donde afloraba la napa freática.

Los hombres de Caral tuvieron conocimientos de arquitectura, geometría y astronomía. El ordenamiento espacial previo, la extensión del espacio construido y la diversidad de estructuras sugieren un patrón definidamente urbano. Constituyeron una organización jerarquizada con estamentos sociales bien definidos; los especialistas eran las autoridades religiosas, gestores de los campesinos pescadores, que también prestaban servicios en las obras públicas: explotación de canteras, traslado de piedra y tierra para la construcción y remodelación de las edificaciones, así como para los periódicos enterramientos.

"La comunidad, conformada por varios linajes, era regida por las cabezas de dichas estirpes, uno de ellos como principal para dirigir la vida de Caral y de los pueblos orbitantes".

La comunidad, conformada por varios linajes, era regida por las cabezas de dichas estirpes, uno de ellos como principal para dirigir la vida de Caral y de los pueblos orbitantes: Aspero, Allpacoto, Miraya, Cotos y la Galgada. Con una misma tradición, conformaban una amplia y bien organizada red de reciprocidad e intercambios. La religión era el medio de cohesión y coerción que permitía el manejo de la población y de sus excedentes de producción.

Respecto de la significación cultural de Caral, nos dice que su irradiación se extendía a través las amplias redes de comunicación en el área norcentral del Perú, espacio articulado en el eje de norte-sur, entre los valles de el Chillón y Chao, y en el eje oeste-este, a lo largo de los varios pisos ecológicos de la cordillera, desde el mar hasta el Huallaga y el Marañón. Cuando Caral vivía sus últimos momentos, surgían, en la costa norte, nor central y central, nuevos polos de desarrollo vinculados a esta antigua tradición.

Después de varios siglos de ocupación, sus habitantes decidieron abandonarla, no sin antes enterrar todas las construcciones con densas capas de piedras, cumpliendo con las ofrendas tradicionales. Nada se dejó al descubierto. El clima, en los cuatro milenios siguientes, se encargó de acumular arena, contribuyendo al enterramiento. Caral nunca volvió a ser habitada, y eso ha permitido que lleguen hasta nosotros, sin alteraciones, los testimonios culturales de un pueblo que floreció en los albores de la civilización.

De toda esta magnificencia da cuenta el fotógrafo Christopher Kleihege en extraordinarias fotografías que reflejan en imágenes uno de los centros urbanos más extensos y complejos del Arcaico Tardío.

Lisle, Rudolph de

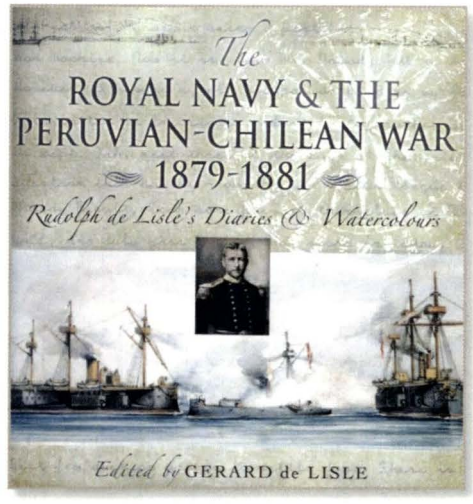
The Royal Navy & the Peruvian-Chilean War, 1879-1881: Rudolph de Lisle's diaries &

watercolours. Edited by Gerard de Lisle F.S.A.

Barnsley, South Yorkshire, Pen & Sword Maritime, 2008.

176 p., ilus. color, mapas, planos, retratos

Edición en idioma inglés.



El diario que se publica en esta obra empieza el 3 de agosto del año 1879, cuando el Teniente de la Marina inglesa, Rudolph Edward March Phillips de Lisle, de la dotación del HMS "Shannon", da cuenta del arribo de su buque a Madeira. El "Shannon", después de un crucero por el Mediterraneo en julio, había recibido la orden de emprender rumbo a Perú para reunirse con el HMS "Triumph", la nave insignia del Contralmirante Frederick H. Stirling, Comandante del Escuadrón del Pacífico. Las dos naves de guerra constituían una fuerza formidable, cuya presencia buscaba quizá borrar la humillación que hacía poco –el año 1877– habían sufrido las naves de Su Majestad, el "Shah" y el "Amethist".

Tenemos en de Lisle un testigo de lujo; apenas llegado a estas costas, va a recibir las noticias de primera mano sobre la epopeya de Angamos. Refiere el arribo a Valparaíso el 16 de octubre del año 1879, y en sus palabras relata el estado de exaltación que vive el puerto por la captura del monitor "Huáscar" en Punta Angamos; que todo Santiago ha venido para la llegada triunfal de la nave. El único buque, mejor dicho acorazado que había participado en el combate contra los blindados chilenos "Blanco Encalada" y "Almirante Cochrane". A la sazón se encontraba al ancla solo el "Blanco", que recibía todos los honores y era visitado diariamente por multitud de personas. De Lisle registra la escena del combate en una magistral acuarela, con un plano del combate adjunto, y da cuenta en una secuencia de dibujos al carboncillo de los daños sufridos por el "Huáscar", tal cual él lo vio.

El diario comprende los años 1879 (desde agosto), 1880 y 1881, antecedido por el trabajo de la doctora Celia Wu-Brading: "La Guerra del Pacífico", donde explica

el contexto histórico de los hechos que refieren los diarios y acuarelas, y compara los acontecimientos según la versión de los diarios y lo que registran los historiadores. Le dedica espacio a la toma de Lima y la intervención de las potencias extranjeras, convocadas por el Contralmirante HMS Frederick H. Stirling –que había arribado al Callao en el "Triumph" el 21 de noviembre– que reunió a los oficiales superiores de las flotas inglesa, francesa, americana, alemana e italiana; el Contralmirante du Petit Thouars, a bordo de la "Victorieuse", no llegaría hasta el día 7 de enero. De Lisle no lo menciona, pero da cuenta de los aprestos del ataque a la capital, del traslado de los ciudadanos extranjeros a buen refugio en Ancón, de las fortificaciones, de los buques chilenos, de las tropas, pertrechos y armamento de las tropas invasoras. El diario y las imágenes de la acuarela van pintando el trágico escenario de lo que se avecina: el mapa de Lima, los granaderos a caballo chilenos, vistas de las primeras líneas de defensa peruanas, vistas de los campos de batalla, las escenas de muerte en los reductos de San Juan y Chorrillos, el asalto a los reductos de Miraflores, junto con los dramáticos relatos.

Sobre el 15 de enero dice: "Esta noche será recordada con vergüenza por los peruanos. Su propia gente trató de incendiar la ciudad y después saquearla y en efecto casi lo lograron, pues en un momento Lima ardía en tres lugares; el barrio chino fue destruido y saqueado, los infelices orientales asesinados, y cualquiera que se aventurara por las calles recibiría una andanada de tiros...".

Y el día 16 de enero: "Hemos tenido una espléndida vista de la destrucción de los buques peruanos "Unión" y "Limeña", así como del Muelle Dársena...", y lo acompaña de las respectivas acuarelas. Y el diario llega precisamente hasta este día, pues, como informa el editor, se perdieron las páginas subsiguientes.

En el ínterin, desde su llegada a fines de 1879, el diario va a ir registrando con objetiva precisión el movimiento de los puertos, desplazamientos de tropas y buques, así como de los acontecimientos políticos, como la revolución de Piérola en Lima, que narra con vívidos detalles. Dedica algunas líneas a describir los remanentes de la armada peruana: la "Unión", "Atahualpa", "Rímac", "Chalaco" y "Oroya". Las negociaciones a bordo del "Lackawanna" en Arica y la irónica referencia de que los peruanos sostenían una actitud victoriosa, con una posición de defensa irreductible en Lima.

Son 59 acuarelas, además de dibujos en tinta y carboncillo, invalorables testimonios, que junto a las lúcidas y objetivas apreciaciones del joven oficial británico, constituyen una rica fuente de primera mano para la reconstrucción de esa etapa de la guerra.

Rudolph de Lisle, nacido en Leicestershire, Inglaterra, el año 1853, muere en Sudán a la temprana edad de 31 años.